



EL REBAÑO

Cómo Occidente
ha sucumbido a la
tiranía ideológica

JANO GARCÍA

El poder de las instituciones públicas, combinado con las masas de acoso, las redes sociales y los medios de comunicación, conquista las mentes de los pueblos occidentales.

El resultado es una sociedad dócil guiada por la desinformación y los dogmas impuestos, apenas cuestionados, como la igualdad, el cambio climático, el racismo, el intervencionismo estatal o el feminismo radical, siempre vigilados por el «Ojo que todo lo ve».

Jano García construye en este libro uno de los relatos más reveladores y novedosos de los últimos tiempos sobre la tiranía ideológica que subyuga a Occidente y que transforma sus sociedades en rebaños serviles condenados al pensamiento único.

A mis padres.

A Juan y Estefanía por su confianza,
cariño y otorgarme nuevas oportunidades.

A mis seguidores, lectores y oyentes
que me permiten gozar de independencia
y libertad con sus colaboraciones a través
de Patreon, iVoox y YouTube.

A mi querida Lou, por haber estado siempre
ahí.

A mi admirado Escota, por enseñarme tanto.

A los *Liberales en la Folderia*.

*I'm on the front line, don't worry.
I'll be fine, the story is just beginning.
I say goodbye to my weakness, so long to the
regret and now I know that I'm alive...*

Prólogo

Por Antonio Escotado

Pocas veces en la vida, si alguna, he topado con alguien demasiado joven para disponer de la información que manifiestamente maneja, convertida ya en conocimiento objetivo. Sin embargo, ese es el caso de Alejandro García – Jano para las redes sociales– por lo que respecta a multitud de materias relativas al presente, pues basta oírle disertar cinco minutos sobre alguna para percibir que la domina como Hume pedía a toda suerte de docentes y comunicadores: «Siendo capaz de añadir al sentido común dos buenos ejemplos». A García los ejemplos le brotan como racimos, sostenidos por líneas argumentales donde precisión e ironía se entrelazan fluidamente, y aunque algo me haya movido a no presentar ni prologar libro alguno, propio o ajeno, lo singular de su caso impone una excepción.

En este libro García analiza el fenómeno inquietante por definición del momento, que es la reviviscencia del absolutismo en países enriquecidos tan sustantiva como manifiestamente por renunciar a él, abrazando de modo más o menos genérico las instituciones del Estado de derecho y la democracia liberal. Tras alcanzar su apoteosis en numerosos regímenes totalitarios, el ideal absolutista parecía herido de muerte con la autodisolución de la URSS y el desmantelamiento del Muro, como expuso Fukuya-

ma en *El fin de la historia y el último hombre* (1992), un ensayo inspirado por el más original y profundo de los hegelianos, Alexandre Kojève.

Por su parte, Kojève extrajo esa conclusión ya en 1937, cuando todo anunciaba una segunda guerra mundial, declarada dos años después por la invasión y reparto de Polonia entre nazis y bolcheviques, en función del pacto Ribbentrop-Molotov, y dos años antes de que termine nuestra guerra civil, donde Stalin se conforma con el oro del Banco de España y descabeza al trotskismo. A despecho del cataclismo inminente, y el grado sin igual de desconfianza hacia el *laissez faire* que había desembocado en las soluciones totalitarias encarnadas entonces por el Führer y el Padrecito, Kojève adivinó que la humanidad se estaba viendo llevada a «un zoológico global comfortable». Allí habría guerras solo periféricas y cada vez más anacrónicas, merced a la constelación de factores que reeditó la sociedad comercial, cuya ciudadanía es el resultado de dejar atrás la escisión entre amos y siervos, conciencias nobles y conciencias viles, personas reales y solo aparentes.

Entre esos factores destaca la pacificación en todos los órdenes que deriva de una prosperidad creciente^[1], en función de la cual el número de seres humanos y su esperanza de vida han crecido hasta un punto tan inimaginable hace pocas décadas como las posibilidades abiertas por el manejo de la energía electromagnética. Lo que no imaginábamos del zoológico comfortable –Kojève quizá sí– es cómo reeditaría la dialéctica amo-siervo bajo moldes *light/débole*, consolidando un rebaño dócil guiado por pastores miserables, electorado los unos y casta política los otros. La generación de mis padres y la mía, por ejemplo, apoyamos un aumento en las horas lectivas de todos sin imaginar que iba a cundir literofobia en vez de literofilia entre los menores de sesenta años, como sin duda ocurre; y cuando abolimos la pena capital o acortamos la du-

ración de las condenas tampoco sospechamos que la ley tendería a recortar los supuestos de legítima defensa, a castigar como si fuese homicidio la asistencia al suicida cuando no es alguien desquiciado momentáneamente, o a seguir negando la eutanasia como derecho civil.

Máxima crueldad imaginable, esto último condena a existir cuando solo hay por delante dolor inútil, como si no fuera alevosía aprovechar la indefensión del otro para negarle su dignidad última, el derecho a gozar de aquello que griegos y romanos llamaban *mors tempestiva* o a tiempo, cayendo por fuerza en la patética situación de quien ha perdido la razón de vivir pero sigue viviendo, presa de puro miedo o porque su deidad le prohíbe ser libre entonces. Entre los resultados imprevistos del confort destaca el hecho de que multiplica el conformismo cuando viene dado sin nuestro personal esfuerzo, como demuestra el autor al hilo de experimentos sobre hasta dónde puede agredir alguien a quien se lo pida una autoridad respetable, o hasta qué punto la opinión de otros lleva a ignorar la evidencia.

El ingenio técnico ha llevado no solo a batir la velocidad del sonido, sino a calcular y operar a la velocidad de la luz, y algo en buena medida casual –dedicar veinte años a saber quiénes y en qué contextos han visto en la propiedad un robo, y en el comercio su instrumento– me permite añadir a la pesquisa de García sobre el presente los prolegómenos más o menos remotos de lo que muy acertadamente llama «negación de la realidad como forma de vida».

Lo primero que aprendí documentando la hostilidad hacia el comercio fue que en Oriente Medio y la cuenca mediterránea el siervo originario empezó siendo un auxiliar doméstico –el pariente más humilde de las familias, recibido por norma con un ágape en cada casa–, que no infrecuentemente terminaba casado o amancebado con su señor o señora, pues los profesionales de cada rama eran

hombres libres, como los escribas mesopotámicos o los constructores de las grandes pirámides egipcias, protagonistas en el siglo XI a.C. de la primera huelga recordada. A finales del siglo VI a.C., tanto Solón en Grecia como Ciro el Grande en su enorme imperio asiático contemplan con indisimulado horror el ensayo asirio y espartano de crear sociedades donde toda suerte de trabajo se delega en una casta servil, mientras las otras dos se dedican a «orar y batallar».

Ciro prohíbe «la nueva y perversa costumbre de comprar y vender hombres y mujeres», cerrando los mercados que asirios e imitadores suyos habían empezado a multiplicar, mientras en la Hélade resuena el canto de Hesíodo al «sereno heroísmo» de granjeros, navegantes y demás empeños civiles, advirtiendo que solo alcanzar alguna maestría pacífica garantiza prosperidad y virtud^[2]. Solón recorta drásticamente la esclavitud en la comarca de Atenas, excluyendo la derivada del impago de deudas, e insiste en que solo limitarse al siervo doméstico evitará un eventual desempleo masivo del profesional libre.

Por lo demás, el propio éxito de las polis comerciales, tanto helénicas como fenicias, difunde la capacidad adquisitiva y con ella el criterio de que los bien nacidos se refinarán cultivando el ocio, unido al de que la mejor inversión es comprar esclavos jóvenes, sanos y si es posible despiertos, para especializarles en algún oficio y embolsarse sus ingresos; los no despiertos y los merecedores de castigo se usarán en empeños no requeridos de formación, como remeros, picadores de minas y canteras o las grandes cuadrillas empleadas para sembrar y recolectar en latifundios.

Tardaremos unos dos milenios –desde la victoria espartana sobre la liga de ciudades democráticas presidida por Atenas hasta el florecimiento de los burgos– en verificar que un trabajo limitado a esclavos generaliza la desidia hasta elevarla a arte, fulminando ya a corto plazo la in-

novación y el desarrollo, únicos factores capaces de crear riqueza real. Lejos de ello, los costes de la sociedad clerical-militar en espionaje y propaganda pronto se revelarán superiores al de su mera amortización, como por lo demás cabía esperar de sustituir los mercados de bienes y servicios por mercados de personas, y el derecho contractual por la ventaja solo supuesta de invadir, gravar con tributos y convertir a vecinos más o menos remotos.

Todo este lado del ayer sigue tan sumido en sesgo, ambigüedades y lagunas que solo décadas de pesquisa me permitieron esquivar el tópico de que el cristianismo antiguo se opuso a la esclavitud, cuando fue san Pablo –su apologeta más elocuente y venerado– quien preconizó obedecer a los amos «de corazón» y no solo por temor, viendo en «las autoridades terrenales» el resultado de la voluntad divina. Fue luego la Patrística grecolatina quien argumentó que toda compraventa estafa a una de las partes, y el comercio suscita una «movilidad social mórbida», mientras papas, concilios y anacoretas difundían como *pax Dei* la ideología más falaz e hipócrita de la historia recordada, según la cual el cielo está reservado a los pobres (tanto materiales como de espíritu), y cada territorio debería limitarse a consumir lo producido por él mismo.

Sin embargo, lo trágico de ver un buen negocio en el empleo de «herramientas humanas», (Aristóteles) es que las consecuencias de dicho error solo se manifiesten a largo plazo, cuando ya se tomaron muchas decisiones irreversibles. De ahí que la espiral de miseria y crueldad alcanzada con el Bajo Imperio romano se agrave aún más durante los llamados siglos oscuros, donde el *negotiator* sucumbe ante la determinación de césares como Carlomagno y su hijo Luis el Piadoso, cuyos decretos persiguen con especial severidad todo indicio de «lucro privado». Para entonces la moneda de ley ha desaparecido, los caminos se emboscaron, y una Europa cubierta de leprosarios ciñe su literatura a vidas de santos o milagros relacio-

nados con tal o cual reliquia, únicos objetos parecidos a una divisa fuerte.

Lejos de retroceder por imperativos morales, nuestra historia enseña que la sociedad esclavista se reconvirtió en sociedad comercial como un grave que rebota al tocar fondo, cosa ocurrida hacia principios del siglo XII, cuando el señorío se había empobrecido hasta el punto de no poder seguir dando a sus herramientas con aspecto humano los *auxilia* tradicionales (techo, rancho y ropa), y dejar de vivir vigilados por capataces les convierte en el llamado siervo de la gleba. Su deber es no abandonar nunca ni su comarca ni el oficio de sus respectivos padres; pero un número creciente empieza a desertar, desafiando los peligros del forajido, al amparo de burgos que aprovechan las diferencias surgidas entre clero y nobleza para crecer.

Como parte de esos desertores se convierte en caravenero o navegante, y otra parte en artesano de gremios por entonces incipientes, el mero hecho de reabrir vías de comunicación —oponiendo caravanas acorazadas y barcos armados al pirata, el salteador de caminos y la soldadesca de cada déspota local— no solo gratifica a tales audaces sino a los burgos y al resto de los actores en aquel horizonte. Parte de revalorizar tierras pertenecientes originalmente al estamento señorial, sin perjuicio de ofrecer una clientela extra a campesinos antes reducidos a la demanda decreciente de castillos, abadías y demás sedes eclesiásticas. Prototipo del progreso objetivo, que no proviene del designio consciente alguno, aunque sea obra exclusivamente humana, esta dinámica de autoorganización caracteriza a toda suerte de instituciones y al orden complejo inaugurado por su vigencia.

Conseguir amurallarse bastó de hecho para que el ideal de la santa pobreza empezara a colapsar y el Medioevo se despedirá con alzamientos nostálgicos del amor al más allá manifiesto como desprecio de las riquezas mundanas, culminado por la fobia hacia el oro y la plata que

exhiben los husitas checos, y las breves, aunque múltiples guerras de campesinos comunistas alemanes, soliviantados por profetas de la Restitución como Müntzer y de Leiden. Les escandaliza ante todo el nuevo rico surgido al amparo de un espacio burgués donde «el aire hace libre» (*luft mach frei*), porque un año de residir en cualquiera de los amurallados emancipa de ataduras serviles previas. Ya que los moradores del burgo no se muestran dispuestos a despreciar el más acá del modo acostumbrado, su destino debería ser el de Sodoma y Gomorra; pero en vez de ello son cada vez más impíos, hasta consagrar una red de intercambios exclusivamente voluntarios como la comercial, donde libertad y conocimiento encarnan los méritos supremos.

La derrota inapelable del pobrismo con la llegada del Renacimiento fuerza en lo sucesivo el refugio del no-lugar o *u-topos* formulado inicialmente por Tomás Moro, que se convierte en un género literario dedicado a islas perfectas por no conocer la propiedad privada ni el dinero, donde todos llevan uniforme y trabajan mucho cada día para mantener la igualdad material. Tras ser retomado por otro clérigo, Campanella, este género se convertirá en favorito del público gracias a Fénelon y Swift, a medida que se inclina cada vez más a prefigurar la ciencia-ficción, y no recobra su moralismo hasta *El código de la naturaleza* del abate Morelly, un breve tratado sobre la sociedad comunista aparecido poco antes de caer La Bastilla, donde empezamos leyendo que «nada pertenecerá a nadie [...] y desde la cuna a la tumba todos serán sostenidos y empleados a expensas públicas».

Quesnay, fundador de la escuela fisiocrática gala, está en su lecho de muerte cuando alguien le muestra el libro, aunque tendrá tiempo para ir al fondo doctrinal. Lo novedoso del comunismo ilustrado francés, observa, es partir del hombre incivilizado como un sujeto no corrompido por la avaricia –cosa nuclear ya para Rousseau y Diderot–,

y no apelar ni a una predilección divina ni a un más allá de castigos y premios para justificar la exigencia de igualdad material. Ese imperativo sería la manera más sencilla de asegurar paz y concordia, y dictado de una naturaleza que siempre elige los medios más acordes con cada fin, aunque Quesnay no ha perdido un átomo de lucidez al acercarse su última hora, y tras recordar lo objetado por Aristóteles a la comunidad de bienes preconizada por Platón –que la experiencia demuestra lo contrario de su bondad – plantea «lo absurdo de imaginar un teatro con localidades igualmente buenas».

Por lo demás, no va a faltar entre los jacobinos el pobrista a la antigua, como los ebionitas judíos representados ejemplarmente por Juan el Bautista, primo hermano de Jesús según la tradición, que resuelto a pasar del terreno utópico al real cristalizaría en la conjura de los iguales desarticulada por un joven Bonaparte, y decapita a su líder Babeuf en 1797, cuatro años después de decapitar a Robespierre, símbolo del terror revolucionario como «atajo hacia la virtud pública». Partiendo de una guillotina elevada a «navaja nacional», el gran cambio es que el comunismo deja de ser en París una idea de otrora, y a esa primera Comuna Insurrecta seguirán varias otras, entre ellas las de 1848 y 1870.

La del 48 –llamado *annus mirabilis* («año milagroso») por la pléyade de revoluciones que estallan también durante el verano en otras capitales europeas– es anticipada en febrero de ese mismo año por el Manifiesto de Marx y Engels, según el cual «el fantasma del comunismo estremece a Europa» con razón, pues se propone «destruir por la fuerza todas las instituciones vigentes». El designio de la «voluntad consciente revolucionaria» debe imponerse a lo anónimo e impersonal de cualesquiera otras obras humanas, empezando por la propiedad privada y una clase media empresarial, o en otro caso el proletariado se irá empobreciendo hasta morir de inanición.

Tras la puesta en práctica del marxismo por Lenin y sus émulos, durante el periodo comprendido entre 1917 y 1991, esa profecía dista mucho de cumplirse, y que Fukuyama se equivocase al pronosticar el fin de la historia articulada sobre una crisis global del capitalismo se explica atendiendo al fenómeno más inquietante de los actuales, que es la reviviscencia del régimen absolutista en países enriquecidos por renunciar a él, despreciando de modo más o menos explícito las instituciones del Estado de derecho y la democracia liberal. Tras alcanzar su apoteosis en diversos regímenes totalitarios precedidos por el soviético, el ideal absolutista parecía herido de muerte con la autodisolución de la URSS y el desmantelamiento del Muro.

Si la guerra fría había terminado, Rusia enveredada por el parlamentarismo, China crecía a pasos agigantados tras readmitir la legitimidad del lucro particular; y casi todos los antiguos satélites de ambos –salvo Moldavia, Corea del norte y algunas repúblicas de Asia central– pedían ingresar en la incipiente UE, o imitaban la liberalización económica china, parecía previsible que caería con el castri-mo el último bastión de salvadores forjados en el molde de Fidel, Guevara, los Kim o Pol Pot. Con todo, el fruto de que la burocracia cultural y pedagógica de países formalmente liberales lleve un siglo cultivando la hegemonía preconizada por Gramsci.

Mirado desde algo más arriba, dicho movimiento es la ingeniería social revolucionaria, que aplica a individuos y grupos humanos las técnicas de selección, hibridación y esterilización aplicadas por el criador de animales y el agrónomo. No es solo un crimen de lesa humanidad sino un seudoevolucionismo, cuya premisa común descansa sobre la presunción del entendimiento como tabula rasa – Locke empezó llamándolo «cajón vacío», y los conductis-

tas posteriores «caja negra»–, que aparentando ser descriptiva es en realidad no solo normativa, sino la premisa nuclear para creer que todo es condicionamiento y nada la genética.

El seudoevolucionismo incurre en la incoherencia de ignorar que el móvil primario de la evolución no es la supervivencia del apto, sino de la aptitud en general, algo que solo parece depender del conflicto intraespecífico (de discordias) cuando individuos y grupos se niegan a reconocer la aptitud como fin en sí, y exaltan el mérito de no tener mérito. Los buenos serán los indigentes, los superados por cada paso evolutivo, que no tardan en adoptar la legitimación de la víctima engañada o forzada de los perdedores será el reino, pretenden, y en vez de espontaneidad evolutiva –fruto de intervenir todos o casi todos en la adopción de decisiones– vuelve a la planificación central ejercida por un déspota rodeado de servidores, al absolutismo técnico bautizado como totalitarismo.

García pasa revista a esa transformación de valores y criterios analizando el hoy más inmediato, cuando los reveses del marxismo aplicado a la esfera económica aconsejan ampliar la política de progreso por discordia desde la lucha de clases a los géneros, las razas, los cultos religiosos, el gusto y cualquier otro campo donde se vislumbre algo semejante a una reconciliación. Tampoco conviene olvidar que cuando la era Breznev propuso coexistencia pacífica, y el voto obrero se había decantado inequívocamente por la democracia liberal, la reacción de sus comisarios intelectuales fue entender que la URSS y el proletariado traicionaban sus intereses «objetivos»; surgió la mayor ola terrorista de los anales, y la modernidad –el periodo genéricamente comprendido entre el Renacimiento y el extraordinario éxito del Plan Marshall– se rechazó en nombre de la posverdad, una actitud que poco después se decantaría por lo políticamente correcto, una perspecti-

va que el presente libro examina desde diferentes ángulos.

Y entre los resultados concretos de abolir la libertad de iniciativa, pensamiento y reunión estaría que el feminismo clásico luchara por obtener derechos todavía no disfrutados –desde votar a abrir una cuenta en un banco sin permiso del marido–, y el de última hora por obtener privilegios. Paralelamente, la media de mujeres asesinadas entre 1999 y 2003 era 58,4, mientras desde entonces a 2018 –vigente ya la LIVG– fue de 59,4. No en vano si una mujer llama a la policía, y dice que la has maltratado por teléfono, el varón pasará automáticamente la noche en un calabozo; luego es expulsado del domicilio y se le prohíbe ver a sus hijos, aunque según datos del Consejo General del Poder Judicial el 42,86 por ciento de las sentencias haya sido absolutorio.

Rico en eventos instados por analfabetos funcionales presa de alguna idea fija, 2021 incluye borrar el nombre Hume entre los licenciados ilustres de la universidad de Edimburgo y de la torre erigida en su honor por sus (inexistentes) «vínculos con la esclavitud»; otros derriban la estatua de fray Junípero Serra en Los Ángeles, y el movimiento Black Lives Matter quiere hacer lo mismo con otra demasiado pesada del rey escocés Jack the Bruce por islamófobo, aunque estuviera muerto cuando siete caballeros y veinte escuderos decidieron combatir al sarraceno apoyando a Alfonso XI de Castilla; al poco, estas insolencias las corona una periodista que logra instar la expulsión de James Watson, codescubridor del ADN, de toda actividad académica por decir que la genética «puede resultar cruel con el africano», pues según ella «la ciencia nunca discrimina».

Aunando datos y reflexiones, *El rebaño* muestra cómo por primera vez los movimientos antisistema están financiados por el propio sistema, y cómo en muchos países –empezando por el nuestro– gobiernan los desprovistos

de razón y lógica. «Mientras al este reluce el alba, la oscuridad se cierne sobre el oeste [...] donde no somos conscientes de disfrutar la época con más paz, libertad y prosperidad de la historia humana». De esta ingratitud podrían seguirse toda suerte de males, y lo único que me parece positivo es algo tan anónimo e inconsciente como que en mi juventud todo sugería a las gentes de alma compasiva ser comunista, y hoy quienes no optan por el cinismo, la cobardía y el menosprecio por aprender parecen invitados a ser liberales.